

J. J. Connington

ASESINATO EN EL LABERINTO

Traducción del inglés de
Esther Cruz Santaella

 Siruela

Libros del Tiempo Biblioteca de Clásicos Policiacos

Índice

1. El caso Hackleton	9
2. El suceso en el laberinto	28
3. Los resultados inmediatos	45
4. El jefe de policía	55
5. Las pruebas del caso	67
6. El toxicólogo	84
7. La vasija de curare	95
8. Oportunidad, método y móvil	107
9. El robo en Whistlefield	117
10. El tercer ataque en el laberinto	130
11. Las teorías del Escudero	143

12. El cuarto ataque	162
13. El dardo	179
14. El cheque falsificado	194
15. Los asuntos del secretario	202
16. El último ataque en el laberinto	211
17. El sitio del laberinto	225
18. La verdad del caso	241

El caso Hackleton

Neville Shandon estaba de pie junto a la ventana del estudio de su hermano, contemplando con satisfacción las tierras de Whistlefield. Aquel era un buen lugar para recuperarse, pensó, sobre todo cuando solo podías arañarle un par de días seguidos a la agotadora presión del ejercicio de la abogacía. Los ojos de Neville se desplazaban lentamente sobre la panorámica de verdor que descansaba frente a él, prado tras prado, bajando hasta donde surgía un destello de plata en el lugar en el que el río atravesaba la finca. Más allá, aparecían las extensiones de las Praderas Bajas, entrecruzadas en un punto y otro por el verde más oscuro de los setos; a continuación, la larga curva de la carretera principal; y al final, cerrando el horizonte, la suave pendiente del monte Longshoot, coronado por la aguja de su iglesia. Una abeja zumbaba perezosa por la ventana abierta, hasta que, sorprendida por un movimiento, salió disparada mientras la nota que emitían sus alas se hacía más intensa y distante conforme la abeja se desvanecía bajo la luz del sol. El abogado, asesor de la Corona, dejó que su atención se desviase durante un momento hacia los grajos que describían su cómodo vuelo por las cimas arboladas cercanas al río; seguidamente, con algo más que una aparente reticencia, le dio la espalda al paisaje.

—Hiciste muy bien en comprar Whistlefield, Roger —comentó mientras regresaba al interior de la habitación—. Es el lugar más relajado que conozco. Si no fuese porque puedo bajar aquí de vez en cuando, me costaría mucho mantenerme en forma para hacer mi trabajo. ¡Imagínate estar en los tribunales un día como este! Además, el caso ese de Hackleton me ha tenido bastante agobiado: una historia con mucha más envidia de la habitual.

Su hermano gemelo hizo un gesto de asentimiento general, aunque sin verbalizar ninguna respuesta audible. Entre aquellos dos hombres había algo más que el típico parecido familiar. Se asemejaban mucho en altura y constitución; los dos tenían el pelo gris e iban bien afeitados; e incluso las líneas duras que marcaban las comisuras de la boca del abogado tenían sus homólogas en las curvas bien esculpidas que le daban al rostro de Roger Shandon un tinte ligeramente intimidador. De un modo intencionado o no, los gemelos acentuaban su parecido físico con una manera similar de vestir.

«Tenemos el mismo sastre —explicó Roger en una ocasión—. Cuando voy a verlo, le digo: “Hazme un traje como el último de mi hermano”. Creo que Neville le encarga lo mismo. El buen hombre tiene nuestras medidas, así que en esa visita no hace falta nada más. Neville y yo tenemos casi los mismos gustos en cuanto a tonos, por lo que, normalmente, todo sale a pedir de boca».

La similitud entre los gemelos calaba mucho más allá de la superficie. Los dos debían su éxito en la vida a una cierta rudeza de carácter unida a una abundancia de energía. En el estrado, Neville se había forjado una reputación de interrogador brutal y dominante, y su práctica como abogado de lo penal había hecho poco para suavizar esos modos profesionales. El ascenso de Roger a la prosperidad había sido más misterioso. Se sabía vagamente que había ganado dinero en Sudáfrica y en América del Sur, aunque él nunca hablaba sobre los métodos exactos que lo habían conducido hasta su fortuna. Tras regresar a casa con cuarenta y cinco años y descubrir que su hermano era una

eminencia ante el estrado, Roger había adquirido la pequeña finca de Whistlefield y, aparentemente, se había contentado con instalarse en el campo y romper de cuajo con los intereses de su pasado.

El tercer hermano, Ernest, apenas parecía pertenecer a la misma familia que los gemelos. Pese a ser cinco años menor, no tenía ni la vitalidad ni la energía tan manifiestas en sus hermanos mayores; el contraste se veía acentuado además por la debilidad de sus ojos, que contemplaban con indiferencia el mundo desde detrás de las lentes cóncavas de sus quevedos. A partir de los veinte años, tras quedar a cargo de sí mismo y con un par de cientos de libras al año para sus gastos, se había limitado a vegetar sin ni siquiera intentar emprender ningún negocio; y una vez que sus hermanos se hubieron labrado sus fortunas, él adoptó el papel de parásito sin pensárselo, se trasladó a Whistlefield y continuaba viviendo allí desde entonces. Roger había caído en la costumbre de darle una paga fluctuante, que Ernest racionaba lo mejor que podía haciendo apuestas a pequeña escala.

—¿De qué va el caso Hackleton ese del que estabas hablando? —preguntó Ernest con cierto interés anodino.

Neville miró a su hermano con una expresión entre perpleja y despectiva. Durante días, el caso Hackleton había ocupado con toda sordidez de detalles numerosas columnas en la mayoría de los diarios, dado que su complejidad se había visto avivada por los frecuentes intercambios dramáticos entre los testigos y el abogado. Había dejado ver la mejor faceta de Neville Shandon, que iba conduciendo inexorablemente a los acusados de una admisión perjudicial a otra.

—¿Nunca lees la prensa, Ernest? —quiso saber el abogado.

Le molestaba bastante poco el desconocimiento mostrado por su hermano respecto a uno de los mayores casos en los que él había desempeñado un papel crucial. Los intereses de Ernest eran limitados, como bien sabía Neville, y no tenía sentido esperar que se saliese de sus dominios habituales sencillamente por implicación familiar. La curiosidad en general era la última cualidad que podía suponersele a Ernest.

El hermano menor parpadeó, se quitó las lentes, las limpió y se las volvió a colocar con cuidado antes de responder.

—No. Al menos, no toda. (Malditos quevedos, no se me acoplan a la nariz hoy, sea por lo que sea. Es la quinta vez que se me caen). Suelo mirar la prensa, Neville. Hojeo las noticias deportivas todos los días. Aunque nunca leo la columna de Justicia. Normalmente, no logro entenderla, y cuando lo hago, me parece terriblemente aburrida. Al menos para mí es aburrida; así que, por lo general, no la miro.

El abogado se encogió ligeramente de hombros. Estaba por encima de la nimia vanidad y no le afectaba la falta de interés de su hermano por su trabajo.

—Pues entonces deja estar también el caso Hackleton. Es un enredo infernal. Me ha llevado meses de trabajo abrirme camino. Si por lo que sea me vengo abajo antes de ponerle fin, dudo mucho que un ayudante pueda ocuparse de él y alcanzar algo cercano al éxito. De todos modos, creo que esta semana veremos el final.

Roger había estado escuchando el diálogo sin mover un músculo. La absoluta falta de curiosidad de Ernest no le sorprendía. Casi podría haberla predicho. El hermano menor nunca había tenido el más mínimo interés en lo que no le afectaba de forma directa. Los triunfos familiares no significaban nada para él, salvo porque indirectamente contribuían a su bienestar.

El abogado volvió a moverse hacia la ventana y miró fuera, al paisaje. Una nube de grajos captó su atención: surcaban juntos el aire y luego se separaban formando una masa de individuos giratorios.

—Después de disfrutar de algo así, solo pensar en el aire que se respira en los tribunales me pone enfermo —dijo al fin.

—Hackleton se presentará para el resto de tu interrogatorio pasado mañana, ¿no? —preguntó Roger.

—Sí. Es un listo de mil demonios. Es capaz de ver los puntos ocultos, como los veo yo, y por lo general logra evitarlos, más o menos. Hasta el momento se ha escapado por los pelos, pero todavía me tiene que llegar el turno de atraparlo. Las pasará canutas como caiga en algún despiste. Esta demanda civil por

incumplimiento de contrato no es más que un paseo preliminar, si es que las cosas salen como yo espero. Una sola grieta en su caso y el fiscal caerá sobre Hackleton de inmediato. En esta demanda en concreto, quedan demasiadas historias en la trastienda que no podemos sacar a la luz, aunque saldrán si el asunto acaba remitiéndose al juzgado de lo penal. Entonces podremos llegar de verdad hasta el fondo de este caso.

—Eso mismo deduje yo cuando leí la historia. Cualquiera habría sido capaz de entender que ahí detrás había mucho a lo que no podíais echar mano.

—En cuanto salga todo a la luz, será el final de Hackleton. Cinco años en prisión es lo mínimo que podría esperar. Magnífica perspectiva para un hombre que vive a base de champán. Es un tipo increíble: bebe como un cosaco y aun así tiene una mente casi tan clara como la mía.

—¿Y crees que lo atraparás? ¿Se ha dado cuenta él?

—Espero que sí.

—Por lo que he oído sobre ese hombre, no es que tenga muchos escrúpulos de los que presumir. Empezó su carrera especulando con los barcos de emigrantes irlandeses cuando la hambruna, ¿no? Creo recordar que tuvo algún problema con las aseguradoras en más de una ocasión.

El abogado asintió.

—Homicidio preterintencional, sencillamente. Pero eso para Hackleton sería una menudencia. Haría cualquier cosa por dinero.

Roger se quedó como pensando en aquello antes de volver a hablar.

—Si es un hueso tan duro de roer como dices, creo que yo me andaría con pies de plomo de estar en tu lugar, Neville. Me parece que eres el eslabón débil de la cadena.

—¿Yo? ¿De dónde sacas esa idea? Estoy tocando el final de este caso con la punta de los dedos, ya te lo he dicho. Nadie lo conoce tan bien como yo.

—A eso es precisamente a lo que me refiero. ¿Y si ese Hackleton te echa encima a una panda de matones antes de que fi-

niquites el interrogatorio? Una buena tunda te dejaría fuera de juego justo durante el tiempo necesario para que te mantuvieses apartado del caso, y eso es lo único que Hackleton necesita. Tú mismo dices que manejas todos los hilos del caso, y supongo que no habrás destapado todas tus cartas ni siquiera de cara a favorecer a tu ayudante. No habría sido propio de ti. Siempre has sido de los que se guardan un buen as en la manga.

—Eso es cierto —admitió Neville con una sonrisa sombría—. Nadie podría manejar a Hackleton del modo en el que lo haré yo esta semana. Pero no tengo ningún miedo en especial a las palizas ni a esa clase de cosas. Por lo que veo, aquí no podría asaltarme nadie: es imposible hacer algo así a plena luz del día en los prados de Whistlefield. Y no tendrán muchas oportunidades de cogerme ni de camino a la ciudad ni en el propio Londres. Puedo admitir la posibilidad de que esas cosas te pasen cuando te involucras en los asuntos de Hackleton. Es algo que está sobre la mesa; y que no haya ocurrido antes no quiere decir que no vaya a suceder alguna vez. No estoy nervioso, por supuesto, aunque no pienso correr ningún riesgo saliendo bien entrada la noche hasta que este tema se haya solucionado.

El rostro de Roger Shandon reflejaba el tono sombrío de la sonrisa de su hermano.

—Entiendo bastante bien cómo te sientes. De hecho, yo estoy más o menos en el mismo barco, y por eso se me ha pasado por la cabeza que también pudiera ser tu caso.

El abogado lo miró fijamente.

—Algo nuevo de tu turbio pasado que empieza a aflorar, ¿no? No me hacen mucha gracia algunos de tus viejos conocidos. ¿De quién se trata ahora?

Roger sonrió con descaro. Su hermano sabía ciertas cosas sobre cómo había conseguido su dinero; y es que a veces a Roger le había resultado útil buscar consejos legales sin tener que meter a alguien ajeno en problemas demasiado cercanos al límite de lo legal.

—Es otro caballero que viene con una reclamación... De Ciudad del Cabo esta vez. Dice que me hizo de agente para

algún negocio de intermediación financiera cuando estuve por allí. Asegura que yo me llevé todos los beneficios de aquello y que eran suficientes como para dividirlos cómodamente en dos. Según él, luego lo dejé vendido ante las autoridades y pasó un periodo recluso en el Breakwater o algún sanatorio por el estilo. Tardó unos años en curarse en aquel sitio, y odiaba el tratamiento: demasiado ejercicio al aire libre con comida sencilla y demasiados uniformes rondando para su gusto. Esa parte es bastante certera: acaba de salir de su reclusión. Respecto al resto de la historia, confío en que el buen hombre no cuente con que yo lo corrobore bajo juramento.

—¿Hablamos de chantaje? —preguntó el abogado, someramente—. Tendré una charla con él, si quieres. A lo mejor con mis dotes persuasivas... —Las duras líneas en torno a la boca de Neville se acentuaron—. Ayudo a llevarlo por el camino de la honradez. No habrá ningún problema.

Roger asintió a modo de agradecimiento.

—Te pondré sobre aviso si es necesario, pero lo veo poco probable. Me da la sensación de que es uno de esos perros ladradores poco mordedores, de los que recurren a cosas como «la bolsa o la vida», ya me entiendes. Cuando, por supuesto, me negué en rotundo a pagarle un solo penique, empezó de inmediato a echar espumarajos por la boca, amenazándome con liquidarme. Tim Costock, el Vengador *in Fraganti*, y cosas del estilo. Lo dejé rabiar a gusto. No me pareció la clase de tipo capaz de hacer algo más que rabiar. Además no puede probar nada.

—Supongo que no —admitió Neville, consciente por experiencias pasadas de que su hermano dejaba muy pocos rastros que pudieran aprovechar sus enemigos—. Bueno, quiero darle un repaso rápido a mis notas del caso Hackleton esta tarde. ¿Dónde hay un sitio en el que estar libre de cualquier interrupción? Con esta juventud por la casa, uno nunca puede disponer con seguridad de un espacio a solas durante media hora seguida; incluso aunque te vayas a tu habitación, habrá alguien que empiece un duelo al piano. Creía que tocar el piano había

pasado de moda, pero lo llevo oyendo todos los días desde que llegué aquí.

—Ese es Arthur —lo interrumpió Roger Shandon, irritado—. Nadie más toca esa cosa del demonio.

Aparentemente, Ernest había estado meditando en profundidad. En ese momento, dirigió una mirada anodina a su hermano mayor.

—Prueba con el laberinto —le aconsejó.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Neville—. ¿«Prueba con el laberinto»? Suena a un anuncio de té o a un enigma de esos, como el de «Oro parece».

Ernest elaboró más su sugerencia.

—Me refiero al laberinto —explicó laboriosamente—. Como el que tienen en Hampton Court, río abajo, cerca de la casa de botes. Seguramente ninguno de los visitantes encontrará el modo de llegar a alguno de los dos centros, y ninguno de nosotros dos vamos a molestarte. No solemos ir allí. Al menos, yo no.

La cara de Neville se había iluminado con la primera frase.

—Ah, ¿te refieres a nuestro laberinto? Estábamos hablando del piano cuando te has metido en la conversación, Ernest, y no encontraba la conexión. No es mala idea. Como bien dices, seguro que nadie me molesta si me instalo en alguno de los dos centros. Además, ahora mismo quiero disfrutar de todo el aire fresco que pueda. Será mejor estar fuera que en ningún sitio de la casa. Iré al Cenador de Elena.

Avanzó hacia la puerta mientras hablaba, aunque, antes de llegar a ella, sonó un piano no muy lejos y los primeros compases del *Frühlingsrauschen* de Sinding le llegaron a los oídos. Neville se dio la vuelta con la mano en el picaporte.

—Por cierto, Roger, ¿qué pasa con nuestro joven sobrino? Parece estar bien. Un poco deprimido, quizá, pero nada fuera de lo normal. ¿Qué dice el médico?

El rostro de Roger se nubló.

—¿Arthur? Ese joven es una lata. Unas tres veces a la semana se encapricha con el piano y entonces se pasa el día entero to-

cando una pieza constantemente, como una máquina automática, salvo por los errores. Detestable. No sabes cómo odio el sonido de *Canción de primavera* y de *Frühlingsrauschen*. Tienes que haberlo oído esta mañana, y ahora está empezando otra vez.

El abogado asintió.

—Sí, pero ¿y su ánimo general? ¿Ha superado esa encefalitis del todo? ¿El médico de la ciudad encontró algún daño permanente?

La cara de Roger desveló una cierta satisfacción.

—Ah, el especialista parecía saber muchísimo la última vez que lo examinó, pero prácticamente en eso quedó todo. Da la sensación de que no tienen mucha idea sobre la enfermedad del sueño. Entendí que dijo que las células del cerebro están todas revueltas por la inflamación y el resultado puede ser cualquier cosa que a uno se le ocurra. Por supuesto, Arthur ha tenido suerte de salir sin ningún daño físico: la vista y el oído y todo lo demás están bastante bien. Pero parece que es imposible saber qué cambios han podido producirse en la estructura cerebral, en cosas que normalmente no suelen manifestarse. Es probable que esté bien del todo, por lo que se ve. O, insisto, a lo mejor cualquier día se vuelve un maniaco homicida y entonces, seguramente, se vaya a por el pariente más cercano que tenga a mano. La clase de persona perfecta para tenerla rondando.

Evidentemente, al abogado esa profecía le pareció exagerada.

—Yo lo veo bastante normal.

—Bueno, a mí no me preocupa mucho —admitió Roger—. Es solo que me ha puesto de los nervios hasta tal punto que me resulta casi imposible verlo y no abofetearlo. Tendré que deshacerme de él, creo, mandarlo a un viaje en barco o algo así.

—A lo mejor tú también le pones de los nervios a él, lo mismo que te ocurre a ti —empezó a decir Ernest en voz baja—. Suele pasar. Cuando uno empieza, el otro lo sigue. Así son las cosas normalmente. No me sorprendería nada... ¡Vaya, Sylvia! No te esperaba todavía, no hasta dentro de bastante rato. No estoy listo del todo.

Una muchacha de veintipocos años había entrado en la habitación y estaba allí plantada, mirando a su tío con bien fingida indignación.

Sylvia Hawkhurst, la hermana de Arthur, el pianista, se había quedado huérfana antes de alcanzar la mayoría de edad; y dado que sus tíos eran sus fideicomisarios, Roger Shandon se los había llevado a ella y a su hermano a Whistlefield. A Sylvia le gustaba «jugar a ser ama de llaves», como ella misma decía, y Roger aprendió pronto que su sobrina sabía llevar su pequeña institución mejor que cualquier ama de llaves contratada. Las cosas empezaron a funcionar como un reloj después de que Sylvia tomase el mando y Roger no tardó en ver que el secreto de la administración de su sobrina era que todo el mundo en la casa la adoraba. Había una cosa a la que Sylvia se había negado en rotundo: «Si te parece, tío, mejor no tenemos hombres en el servicio, al menos, no en la casa en sí. No me importa que haya un chófer, claro. Pero sé de lo que es capaz una muchacha y preferiría mantenerme dentro de mis limitaciones, si a ti te da igual». Su tío la había dejado hacer y nunca había encontrado ningún motivo para quejarse de los resultados.

No obstante, la administración doméstica de Sylvia le ocupaba muy poco tiempo: salía de caza cuando era temporada, conducía su propio coche, jugaba al tenis bien y al golf mejor aún, y estaba considerada como una de las mejores bailarinas de los alrededores. Lo más extraño de todo era que, pese a su aspecto, disfrutaba de la misma popularidad entre las mujeres que entre los hombres.

Cuando Sylvia entró en la habitación, Ernest abandonó su asiento con la meticulosidad que lo caracterizaba y empezó a soltar una disculpa ligeramente avergonzada por no estar preparado, pero la sobrina lo interrumpió con fingida irritación.

—¡Ni siquiera tiene las botas puestas este hombre! —se quejó—. ¿Cómo es que consigo llevar todo en hora en esta casa menos a ti? ¿Alguna vez en tu vida has estado listo para algo, tío Ernest?

—Es que siempre tengo muchas cosas que hacer, Sylvia. Ha sido un día muy ajetreado.

A Sylvia le temblaron un poco las comisuras de los labios, pese a sus esfuerzos por mostrarse indignada.

—¡Muy ajetreado, dice! Recuerdo exactamente todo lo que has hecho. Has jugado al tenis esta mañana durante treinta y cinco minutos, ni uno más. Luego has organizado un gran torneo de tiro con las escopetas de viento y has aburrido como una ostra a todo el mundo, a excepción de Arthur, que da la casualidad de que es capaz de derrotar a todos los demás. Después, has entrado en la casa y supongo que habrás estado leyendo la prensa hasta el almuerzo. Y desde entonces, has permanecido sentado fumando. Debes estar agotadísimo, pobrecito. ¿Crees que podrás arreglártelas con las botas ahora mismo, o voy a tener que traértelas yo en una bandeja de plata y echarte una mano? Preferiría no hacerlo, así que si eres capaz de ocuparte tú solito, voy a por el coche. Ponte el reloj delante y pellízcate a cada minuto, así no te quedarás dormido del todo. ¡Rapidito, tío! —concluyó, ya más seria—, quiero salir lo antes posible.

—¿Dónde lo vas a llevar? —preguntó Roger.

—Voy al pueblo de Stanningleigh a hacer unas compras antes que nada y luego me acercaré donde los Nayland a decirles que se vengán a jugar al tenis. Cuando el tío Ernest se ha enterado, me ha rogado que lo lleve en el coche una parte del camino y lo deje en la entrada este, para darse un paseo por la carretera principal hasta el puente y echarle un vistazo al río.

—He pensado que me gustaría mirar a ver si está bien para pescar ahora mismo —añadió Ernest, como explicación ulterior—. Se me ocurrió hace unos días, pero nunca he encontrado tiempo, por una cosa o por otra. Era como si siempre se me viniese a la cabeza justo cuando estaba empezando a hacer algo. Así que hoy, como Sylvia iba a ir en esa dirección con el coche de todas maneras, he pensado que...

Se detuvo al observar cómo los ojos indignados de Sylvia se fijaban sobre él.

—¡Las botas! —dijo la sobrina con mordacidad y sostuvo la puerta para que el tío saliera.

—Tardo uno o dos minutos en estar listo —le aseguró él apresurado mientras abandonaba la habitación.

—Los hombres son una cosa maravillosa, ¿verdad? —les comentó Sylvia en tono confidencial a los dos tíos que quedaban en la sala, al tiempo que se cerraba la puerta—. Me parece que ya va siendo hora de que el tío Ernest se case. Es sencillamente incapaz de cuidar de sí mismo. Vosotros dos al menos podéis cruzar la calle solitos, pero el tío Ernest me tiene preocupada de verdad, y mucho. Creo que me he visto una arruga nueva cuando me estaba cepillando el pelo esta mañana.

—En el almuerzo me he estado preguntando cómo es que tenías un aspecto tan extraño —reconoció Neville—. Ahora que lo mencionas, te la veo en la frente. Casi tan profunda como esta.

Se tocó una de las líneas marcadas que le bajaban por uno de los laterales de la cara hasta la boca.

Sylvia se echó a reír.

—Me estás asustando, tío. Tendré que mirarme esos estragos en un espejo antes de aventurarme a ir a la calle. ¡Adiós!

Salió apresurada de la habitación. Neville consultó la hora en el reloj que llevaba en la muñeca.

—Ya tenía que haberme ido. Creo que seguiré el consejo de Ernest y probaré con el laberinto para aislarme. Es poco probable que alguien se moleste en entrar allí esta tarde, y no puedo soportar esta música de piano de Arthur. Es cada vez más irritante, como has dicho tú antes, Roger. Me marchó. Aunque primero tengo que coger mis notas.

A Roger pareció asaltarle una idea cuando el abogado abrió la puerta.

—Creo que yo también probaré con el laberinto esta tarde. Me noto con algo de sueño y allí se está tranquilo. No te molestaré. Pero, si a ti te da igual, me iré yo al Cenador de Elena. Estoy acostumbrado a una silla que hay allí, que me va como un guante. Tú puedes ir al Estanque de Narciso. No hay diferencia ninguna entre ellos, los dos están en el laberinto.

—Muy bien. A mí me da lo mismo, siempre que no me inte-

rrumpa nadie —aceptó el abogado, que asintió abruptamente y abandonó la habitación.

Cuando su hermano se hubo marchado, Roger Shandon se acercó a su escritorio y se puso a trabajar con unos cuantos papeles. El piano distante parecía haberse hecho más intrusivo cuando Roger se quedó solo. Repetía el *Frühlingsrauschen* con una persistencia agotadora y un error reiterado en un acorde concreto. Roger frunció el ceño en gesto irritado mientras se afanaba con los documentos que tenía delante, tomando algún que otro apunte en un bloc de notas.

—¡Maldito muchacho! Tengo que hablar con él de esto. Es imposible concentrarse con la mitad de la mente ocupada en preguntarse si va a volver a cometer el mismo fallo por enésima vez.

Siguió trabajando unos minutos, hasta que se levantó y llamó al timbre del servicio.

—Dígale al señor Stenness que venga, si lo encuentra —le ordenó a la criada que había acudido.

Con Ivor Stenness, Roger se había garantizado un secretario personal ideal. Stenness no solo mostraba la eficacia de una máquina, sino que poseía toda una serie de cualidades no menos importantes. Cuando su jefe tenía los cables cruzados, ni siquiera la orden más arisca lograba plegar el talante del secretario. Era capaz de asumir la responsabilidad en su justa medida en situaciones de emergencia sin pasarse ni un pelo. Y, a ojos de Roger, el mérito especial de Stenness era su capacidad para mantener la boca cerrada. Nunca pedía explicaciones que pudieran resultar difíciles de dar; y nunca revelaba la más mínima sorpresa cuando, como ocurría a veces, abría cartas amenazadoras.

«Si alguna vez tengo que poner sobre el papel una confesión de asesinato, Stenness la pasará a taquigrafía, luego la mecanografiará y me pedirá la firma, sin despeinarse. Por lo que a él respecta, será una carta sin más», solía afirmar Roger.

Las otras cualidades de Stenness encontraban más demanda entre el resto de la gente de la casa. Tenía buenos modales

naturales y dominaba diversos juegos lo bastante bien como para resultar útil cuando se necesitaba a alguien para formar un equipo de cuatro para el golf o una mesa de *bridge*, cosa que ocurría a menudo. Mirándolo distraídamente, su aspecto podría sugerir que empleaba a un ayudante de cámara de primera categoría; y es que siempre parecía ir con ropa nueva y tenía el don de saber llevarla.

Con todo, no suponía ningún riesgo emplear a una persona como él en una casa con una joven muchacha. De algún modo, Stenness exhibía una eficacia demasiado inhumana como para resultar atractivo a muchachas más jóvenes que él, y el hombre tampoco mostraba el más mínimo deseo de atraer. Sylvia lo trataba como a un buen amigo, si bien tenía docenas de amigos a quienes trataba exactamente del mismo modo.

—¡Ah, Stenness! —Roger levantó la vista cuando el secretario entró—. He repasado estas cartas y he hecho algunas anotaciones. A ver si puedes dejarlas listas hoy en algún momento. Solo hay una que necesita alguna aclaración. Aquí está...

El rostro sonriente de Neville Shandon asomó un instante por la puerta. Llevaba en las manos un fajo de papeles. Al ver a su hermano ocupado con el secretario, asintió sin decir nada y cerró la puerta tras de sí.

Roger continuó con su explicación del asunto que le ocupaba, mientras el secretario tomaba alguna que otra nota. Cuando acabaron las instrucciones, el zumbido de un coche que se alejaba de la fachada de la casa atrajo la atención de Roger, que cruzó la habitación para mirar por la ventana. Sylvia iba al volante y junto a ella viajaba Ernest Shandon. Ambos levantaron la vista al pasar bajo la ventana del estudio y Sylvia saludó con la mano. Roger observó cómo el coche salía en un giro abrupto del camino principal, rumbo a la entrada este, y pronto desaparecía tras una hilera de rododendros.

«A lo mejor han acercado a Neville. Pasarán junto al laberinto de camino a la entrada este», reflexionó Roger mientras se giraba de vuelta al interior de la habitación.

El sonido del piano se reafirmó en el silencio que en com-

paración siguió al paso del coche. Roger hizo un gesto de impaciencia.

—Supongo que es mi sobrino el que está tocando, ¿no? —quiso saber.

—Antes estaba disparando unos dardos a una diana en el jardín, pero creo que ha entrado hace unos minutos —le explicó Stenness.

—Suena a su manera de tocar. Desde que tuvo ese ataque de la enfermedad del sueño, siempre titubea un poco en los acordes, como si no supiese manejar los dedos a la perfección. Y eso hace que este estruendo sea aún más duro de soportar.

Stenness se abstuvo de hacer comentario alguno. Roger, tras una pausa, continuó irritado.

—¿Dónde están las visitas, Stenness? Ojalá lo hubiesen sacado de la casa. Algunos días se encuentra perfectamente y ni se le ve. Otros días, se sienta y aporrea ese piano hasta que te repiqueta el cerebro al mismo son.

—He visto a la señorita Forrest y al señor Torrance ir hacia el rosal hace unos minutos.

Stenness se limitó a responder a la pregunta directa e hizo caso omiso discretamente de la exasperación de Roger. No era asunto suyo intervenir en riñas familiares.

—Bueno, es todo lo que tengo para ti ahora mismo, Stenness. Cuando pases junto a la puerta, haz el favor de decirle a mi sobrino que venga. Tengo que poner fin a este fastidio. Se ha alargado ya bastante tiempo.

El secretario asintió con un gesto, recogió los documentos y salió de la habitación. Unos segundos después, la música de piano cesó abruptamente en mitad de un compás y el oído de Roger percibió el «clang» de la tapa del teclado al cerrarse sin cuidado. Al momento, el sobrino entró en el estudio.

Para darse tiempo de aplacar su irritación, Roger se abstuvo de hablar de inmediato. Le hizo señas a su sobrino para que se sentase mientras sacaba la petaca del tabaco y se afanaba en preparar un cigarro para fumárselo. Tras encenderlo bien, se giró.

—¿Es necesario que martillees el piano durante horas y horas, Arthur? Por supuesto que detesto interferir en tus placeres sencillos, pero el estruendo infernal que provocas ha tenido ya un largo recorrido. Has tocado el *Frühlingsrauschen* al menos dos docenas de veces hoy, y eso suman veinticuatro veces más de las que quiero oírlo. Después de hoy, puedes quitarlo del repertorio. De hecho, podrías dejar el piano en general, para siempre. Estoy cansado de oírte tocar. Fastidias a todo el mundo creando el caos a todas las horas del día. Busca un entretenimiento más tranquilo o vete de la casa.

Las cejas de Arthur Hawkhurst se levantaron en un gesto de leve sorpresa ante la queja de Roger.

—No tenía ni idea de que te estuviese molestando, tío.

—Bueno, pues déjalo ya.

—A lo mejor me he excedido un poco con el *Frühlingsrauschen*. No lo había pensado. No sé cómo, pero parece que nunca logro terminarlo entero sin cometer algún error en uno o dos acordes, y quiero sacarlo limpio, una vez al menos.

—Tengo un buen par de oídos. No pienses que se me han pasado por alto tus errores, que sencillamente lo hacen todo aún más irritante.

Arthur dudó antes de admitir sus fallos.

—Bueno, no habrá más *Frühlingsrauschen*, pues. ¿Y la *Barcarolle*? La de Offenbach, digo. ¿Alguna objeción?

—Sí. Estaría bien que entendieses que no vas a aporrear ese piano nunca más.

—Ah, ¿lo decías en serio? Creí que estabas de broma, tío. Es que el piano me gusta. Me dejarás usarlo a veces, ¿verdad?

—No. Ya he tenido bastante.

—Pero es que...

El rostro de Roger se había ido oscureciendo.

—¡Pero es que nada! Tengo cosas más importantes de las que hablar contigo. ¿Qué edad tienes ya? Veintidós o veintitrés, ¿no? ¿Y nunca has dado un palo al agua en tu vida hasta ahora? Un expediente brillante, ¿no? —Hizo una pausa, caminó hasta la ventana y volvió—. Hay que ponerle fin a esto. Ya me

ha tocado mantener a un holgazán, a tu tío Ernest. Y si crees que tengo por costumbre recoger a holgazanes, estás muy equivocado. Supongo que me quedaré a cargo de tu tío de forma sempiterna, pero no me propongo aumentar mi elenco de parásitos a tu cuenta. Tendrás que buscar algo que hacer. No voy a dejar que te quedes para siempre rondando por Whistlefield.

La cara afable de Arthur se había oscurecido a su vez.

—Podrías ampliar tu repertorio de buena educación sin exagerar las cosas, creo yo. No soy ningún holgazán. Soy un inválido.

Roger obvió el ruego.

—Whistlefield no es un hospital.

—Ni un manicomio. Querías decir eso, ¿no? Es mejor que vayas con cuidado, tío. Hay ciertas cosas que la gente no olvida una vez que están dichas.

El mal genio de Roger, nunca demasiado oculto bajo la superficie, estalló ante el comentario de su sobrino.

—Ya basta, Arthur. Te doy tres meses más. Después de eso, te las arreglarás por ti mismo. No te vas a morir de hambre. Tienes dinero suficiente para seguir con vida aunque lo peor empeore. En cualquier caso, yo me lavo las manos contigo.

Arthur Hawkhurst no mostraba más control que su tío cuando las cosas le penetraban la piel.

—¡Qué maravilla de tío! Digno de un cuento de los Grimm, desde luego. Sal ahí y muérete de hambre, Arthur, querido. Los pajaritos te cubrirán de hojas ¡y yo me quedaré con el dinero que te dejó tu madre! Así es como funcionan las cosas, supongo. Me maravilla que alguien como tú tenga derecho a la vida.

Aquella acusación tan flagrantemente absurda paralizó a Roger durante un momento. Después de todo, el chaval no estaba en sus cabales. No había que tomárselo en serio.

—¡Eres tonto del todo, Arthur! —Fue lo único que concedió Roger como respuesta.

No obstante, el cerebro perturbado de Arthur se había salido de su equilibrio normal y su ira encontró una vía de escape con una feroz amenaza mientras se marchaba de la habitación.

—Bien podría adelantarme y ocuparme de ti, antes de que sigas causando daño. ¡Ándate con cuidado!

Cuando la puerta se cerró bruscamente tras su sobrino, Roger volvió a acomodarse en su silla. El arranque de Arthur había sido una sorpresa absoluta. Desde que cayó enfermo, daba la impresión de que el muchacho necesitaba mano dura y nada más. Había holgazaneado por la casa en un estado no muy alejado de la melancolía y al principio había hecho falta ejercer una presión constante para conseguir que se interesase por los asuntos cotidianos. Poco a poco, había mejorado y había pasado a un estado de feliz irresponsabilidad. Y a esas alturas, cuando los especialistas estaban adoptando una postura optimista ante el futuro, llegaba ese colapso en forma de algo no muy alejado de la locura, sin ningún tipo de advertencia previa.

«Tendré que hacérselo mirar. Evidentemente, no está tan avanzado en el camino de la recuperación como pensábamos», meditó Roger.

La amenaza de Arthur lo había dejado por completo indiferente. Casi la había olvidado cuando volvió a levantarse de la silla. En sí misma, parecía poco importante, nada más que unas palabras rabiosas lanzadas en mitad de un estado de frenesí. Roger salió de la casa y emprendió el camino que conducía al laberinto.

Steness vio la figura pasar hacia la hilera de rododendros y, en cuanto desapareció, el secretario se dirigió hacia el estudio de Roger. En uno de los estantes había una guía de horarios; Steness la bajó y empezó a estudiar las horas de los trenes.

«No puedo irme más tarde de esta hora —se dijo por fin—. El siguiente tren no me dejaría en Londres a tiempo para coger el enlace del puerto».

Dirigió la mirada a la ventana y recorrió con ella todos los prados.

«Bueno, será difícil y doloroso marcharse de aquí, pase lo que pase. Ojalá pudiese ver más allá de esta noche y saber dónde estaré».

Cambió a un pensamiento nuevo.

«Poniéndome en lo peor, nada importará mucho si no lo consigo».

Volvió a colocar la guía en el estante y subió a su habitación. Tras cerrar la puerta con pestillo, se puso a guardar deliberadamente sus cuchillas y otros artículos de aseo en un maletín. Cuando había completado la tarea, echó un vistazo a toda la habitación.

«¿Nada más? No. El resto de las cosas me esperan en Londres».